

sólo bajo el peso de mi reprobacion; el derecho de castigar á los culpables se me escapaba. No podia yo sin embargo tampoco absolverles. Oponíanse á ello las mismas razones. Yo sabia que recaía el asunto en dos seres inteligentes por más de un concepto, y á quienes los buenos consejos y los buenos ejemplos no habian faltado. Habia entrado una buena cantidad de luz y de libertad en sus espíritus. Merecian, pues, á no dudarlo, consejos sangrientos y una leccion bien dura.

Bastaba eso á mi resentimiento legítimo; dado que yo no admito la pena de muerte, no me he permitido jamás el gusto de matar, de herir ó de atormentar. Tengo formada tal idea de la dignidad humana, que no conozco expiacion alguna comparable á la de verse uno marcado, en justicia, por el desprecio de un hombre honrado.

Por otra parte, á tener yo, segun mi modo de ver, el derecho de matar á mi rival, tampoco lo hubiera hecho. Era padre de familia y su mujer idolatraba en él. Vanina era buena y pura, y por lo tanto digna de sacrificio. Criaba además una criatura inocente que llevaba mi nombre y que mi boca habia bendecido. Representábame el horror de una escena violenta en aquella familia, de la que hubiera podido ser víctima y testigo. Preocupábame muy poco de lo que podria decirse de mí si alguien llegaba á descubrir el secreto que se revolvía en mi interior. El hombre que se respeta tan escrupulosamente como yo me he respetado siempre, sabe perfectamente que ha de encontrar su revancha á los ojos de la opinion. No se trataba, como hemos visto, de preservar mi reputacion, pero sí de evitar que el público envileciera ó hiriese á mi desdichada mujer, por lo que habia yo sometido por la fuerza á guardar silencio á Sixto More.

XXXIX

CUANDO me encontré frente á frente de una humillacion que condenar y una leccion que dar, debí forzosamente separar las dos causas y distinguir entre ambos culpables.

¿Cuál de ellos era el más culpable? Concretándonos al hecho y á las apariencias, era Tonino. La perversidad de sus instintos era flagrante; pero como inteligencia y como raciocinio, era muy inferior á Felicia. Su conciencia debia ser menos avisada; su educacion moral, emprendida tardamente por mí, habia sido interrumpida y fácilmente oscurecida por las circunstancias. Si encontraba él en su mujer una ternura ciega, no encontraba la más ligera resistencia seria en su peligrosa pendiente ninguna luz brillante que le guiara. Era él, en realidad, el discípulo, es decir, la creacion de Felicia. Sólo ella hubiera podido hacerle casto, sincero y desinteresado. Pero como habia de darle la rectitud y la castidad que no poseía, y su natural desinterés tampoco habia podido hacerle estimar ni comprender. En lugar de hacer obrar en él el espíritu, se habia dejado dominar ella por los sentidos. El dia en que yo habia sorprendido á aquel niño de su corazon besando sus cabellos, habia sorprendido igualmente una son-

risa mezclada en la reprension, una sonrisa de emocion lasciva que no me engañó, y que yo no debiera haber jamás absuelto. Era tal vez el primer aliento involuntario concedido á aquella pasion de la cual debia sufrir ella el bochorno; pero, de seguro, desde aquel dia perteneció Felicia á su pretendido hijo adoptivo, pues el sentimiento de adopcion maternal fué profanado convirtiéndose en una triste y repugnante impostura. ¡Ay, sí! aquella mujer era menos excusable que su cómplice. Si pertenecia á éste la iniciativa del ataque, habia solamente obedecido al instinto viril, á la delirante curiosidad de la pubertad, á una primera explosion de los sentidos que Felicia habia ya experimentado mucho antes, á costa propia, y de la cual conocia perfectamente el peligro. Ella no supo reprimir aquella explosion en Tonino, ni purificarla con una franca aceptacion del porvenir que soñaba él. Es demasiado jóven y demasiado inconsecuente, me dijo ella entonces, para soñar en hacer de él un marido. Era indispensable, por lo tanto, ó alejarle, sin que pudiera volver desde luego, ó alejarle interinamente santificando su pasion con una promesa.

Pero no; ella se habia enamorado á la sazón de otro que no pensaba ni siquiera remotamente en ella. Habia visto en mí un hombre que se le antojaba superior á Tonino y á ella misma. Me amaba con su orgullo y por la necesidad de encontrar una rehabilitacion más elevada que en su medianía. ¿Me amaba ella verdaderamente? ¿Por que no? Tenia la aspiracion de lo verdadero, la curiosidad del espíritu, como habia tenido Tonino la de los sentidos. Recuerdo perfectamente el ardor con el cual me interrogaban sus ojos cuando hablaba yo delante de ella; luego sus preguntas, sus objeciones, sus argumentos, sus sumisiones entusiastas, sus luchas multiplicadas, las exaltaciones y desvanecimientos de su alma conturbada, sus inteligencias sistemáticas, sus esfuerzos generosos, sus humildes invenciones, sus cóleras sordas, sus afectadas lascitudes, sus

espontáneos desencantos, todo un mundo de ideas y sentimientos, que habíamos removido juntos durante nuestras prolongadas conversaciones y en nuestras irreprochables entrevistas. Habia entonces ella tomado una tarea enorme sobre sí, sea que estuviera representando hábilmente una comedia, sea que hubiese resuelto domar sus instintos, es lo cierto, que me pareció ser la más casta de las mujeres, y que jamás hubo pureza secreta mejor velada.

De igual manera en el amor sancionado por el matrimonio supo Felicia representar su papel. Habia cuidadosamente guardado conmigo los encantos del pudor, y con mucho cuidado tambien podia llegar á concebir que ella comprendiera y gustara á su vez el encanto de las voluptuosidades exquisitas sin imponerse el esfuerzo del artificio. Presentaba toda una parte de su sér delicadamente perfectible, por la cual sabia apreciar la verdadera pasion y la santidad del amor exclusivo. ¿No era, pues, del todo criminal queriendo completar su vida con los acres placeres del adulterio?

Tal vez miraba ella esto como un derecho. La idea admitida por ciertas escuelas filosóficas de desarrollar el sér en todas sus manifestaciones y de satisfacerle todos sus apetitos, habia podido ser admitida por aquella mujer vacilante y turbada; pero ninguna doctrina liberal, por cínica que sea, ha admitido jamás la impostura sistemática. Las particiones del sentimiento, las promiscuidades más desenvueltas no pueden ser admitidas jamás en principio bajo la proteccion de un esposo engañado. Felicia habia mirado como un gran beneficio de mi afeccion, como un gran honor tributado por mí á su carácter, el matrimonio que nos enlazaba. No queria en manera alguna renunciar á sus ventajas. Conservábalas al precio de la mentira: ¿creíase tal vez inocente ó únicamente excusable?

Sentia remordimientos, pero insuficientes á apartarla del mal. Confesábase á sí misma que en los dias en que veia satis-

fecha su pasión, ¡había estado indiferente *como un pájaro*, sintiéndose *pura como una flor!* Había penetrado entonces en aquel estado de alma que no habiéndolo yo conocido, no podía juzgarlo: la embriaguez absoluta. ¿Esto, que me la presentaba más repugnante é inícuo, era precisamente lo que debía trocarme en más compasivo y misericordioso?

Cuando nos encontramos con un borracho, próximo á caer en el arroyo á hacerse aplastar por un carruaje, sabemos perfectamente que ha perdido la razón y la fuerza por culpa suya, y, sin embargo, procuramos apartarle del peligro; la compasión se antepone al desprecio y á la repugnancia. ¡Ay! el borracho cree también desarrollar su vitalidad y completar sus sueños destruyendo su inteligencia. Para el filósofo impasible no hay allí más que un imbécil que se equivoca.

Así como los salvajes ignoran que la borrachera conduce á la muerte ó á la imbecilidad, Felicia había querido beber *el agua de fuego*; ¿pero los pobres indios ignoran en realidad el desastre que les espera? ¿No ven cómo sucumben sus hermanos? ¿No les da luz ninguna experiencia hecha en ellos mismos? Y sin embargo, uno ve extinguirse por completo razas fortísimas y numerosas. El indio es bello, denodado é inteligente. El heroísmo se traduce en ellos en crueldad; la sobriedad llega á la intemperancia. Existe allí la antigua hospitalidad, pero no se está seguro en su casa, porque tienen la imaginación desordenada; y por la impresión de un sueño cualquiera que puedan tener durante la noche, asesinan al huésped que acariciaron á la víspera.

Veíame precisado á comparar á Felicia con aquellas naturalezas generosas, pero incultas, que presentan este espantoso

conjunto de cualidades sublimes y perversidades feroces. No tenemos más que un criterio para juzgar á los demás como á nosotros mismos. Cuanto más desarrollada es en un sér la inteligencia, y es éste más favorecido por la naturaleza, menos perdonables nos parecen sus faltas; y no nos parece que Dios, donde la concepción no se deduce, á nuestro entender, más que por el exámen y el sentimiento de nuestra propia justicia, pueda tener una justicia distinta de la nuestra.

Pero ¿no es esto tal vez un error fatal injurioso á la divina mansedumbre de *él* que no castiga? ¡Castigar! creo ya haberlo dicho más de una vez, es el mayor de los dolores para una alma generosa. El hombre que se complace en devolver mal por mal, que se goza en el suplicio que aplica ó ve aplicar, el inquisidor que sonríe á la vista de la hoguera, como el juez que se deleita en dar una sentencia de muerte, Dios les maldice sin duda cien veces más que sus víctimas, aunque fueren éstas cien veces más culpables. ¿Cómo admitir á Dios insensible al dolor, cuando le investimos de los deberes de juez? ¡Y sin embargo, el Supremo Bien no ha de poder sufrir! Entonces tenemos sobre Dios nociones contradictorias. Tenemos necesidad de concebir su justicia basada en los mismos procedimientos de la nuestra; y si la ejerciera á nuestro modo, dejaríamos de respetarle y amarle.

Abismábame yo en tan dolorosas meditaciones, y poco á poco iba produciendo el dolor sus frutos amargos, pero tónicos para las almas justas. La piedad lo arrastraba á la indignación en cuanto se refería á Felicia. En cuanto á su cómplice, iba aumentándose en mí gradualmente la frialdad del desden. Su risueña perversidad le degradaba tan extremadamente á mis ojos, que no podía yo ver en él á uno de mis semejantes.

Para Felicia, asomaba maquinalmente á mis labios esta frase de las buenas gentes que aprecian los méritos desvanecidos: "¡Qué lástima!". Para Tonino, recordando todo el pasado, decíame yo: "¡No podía ser otra cosa!,"

Para éste, no era admisible castigo alguno de provecho; no podía aplicársele sino el desprecio de la represion. Fui, pues á su casa y le hablé en estos términos:

—Vuestras discusiones de intereses con mi mujer me cansan y molestan. No quiero, por lo tanto, que vuelva á turbarse su tranquilidad por vuestros proyectos de fortuna. Le estais disputando un reembolso que yo le exigiré que os abandone. Le pedireis, para otras empresas, una cantidad que yo os otorgo en su nombre; pero con una sola condicion; que partireis esta misma noche para el punto que mejor os plazca, á cien leguas á lo menos de aquí. Preparareis un establecimiento provisional ó definitivo en seis semanas; y pasadas estas seis semanas, yo mismo acompañaré allí donde estuviereis á vuestra mujer y á vuestros hijos. Desde este momento no volveréis á ver á Felicia, ó de lo contrario, os impondré el castigo que merecen los que faltan á su palabra; porque vais á dármela inmediatamente, si quereis recibir los veinte mil francos que le habeis pedido, y el recibo por saldo de los cinco mil francos que le debeis.

Tonino estaba pálido como la muerte. Comprendia, y temblaba convulsivamente, dominado por el miedo mezcladó á cierta inquieta alegría. Quería hablar, pero yo le interrumpí:

—Dadme vuestra palabra de sumision inmediata.

—Pero.....

—¿Me la dais?

—Sí, la doy.

—Decidlo á vuestra mujer. Tomad vuestro palo y vuestro saco de viaje. Quiero veros partir. Os queda un cuarto de hora.

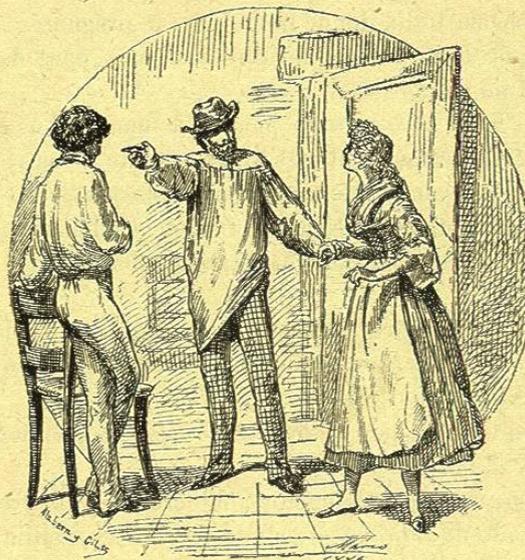
—Mi mujer va á tener un gran disgusto; no sé cómo decírselo...

—Llamadla; le hablaré yo mismo.

—M. Sylvestre.....

—No pronuncieis mi nombre; obedeced.

Tonino obedeció.



—Vanina, díjele á la jóven. Mando á vuestro marido que parta inmediatamente para un asunto que no admite la menor dilacion. Su fortuna y el porvenir de vuestros hijos depende de este viaje, y la brevedad asegura absolutamente el resultado. No os alarmeis ni inquieteis por ello, al contrario, debeis regocijaros. Guardad durante algunos dias el mayor secreto relativo á este viaje. Vuestro esposo os escribirá desde su primera parada, y dentro seis semanas, yo os lo aseguro, estareis nuevamente reunidos.

Tonino confirmó mis palabras; abrazó á su familia, no sin agitacion, tomó algun dinero, cerró su saco de viaje, y partimos por la línea de Italia.

—¿Es hácia Italia donde quereis ir? le pregunté.

—Sí, por de pronto me dirigiré á mi país para dar verosimilitud á mi viaje.

—Está bien: pero vuestro país está demasiado cercano, y no os permito estar en el más allá de veinte y cuatro horas.

—Iré á Venecia. Tenemos allí parientes que viven separados del resto de la familia. Necesito indispensablemente adquirir noticias de allí donde fijar mi establecimiento.

—Id.

—¿Cuándo recibiré la suma y el documento de saldo?

—Yo os lo traeré cuando venga acompañando á vuestra esposa é hijos.

—¿Pero todo lo que yo dejo, mis negocios pendientes, mis ganados y el moviliario?...

—Me encargo de todo como si hubierais muerto y estuviera yo encargado de liquidar el estado de vuestra familia.

—¡Pero ello acarreará muchos perjuicios!

—Se os pagarán.

—¿Permitireis que os escriba?

—No. No escribireis sino á vuestra mujer; advirtiendo que la menor infraccion de mi voluntad anulará por completo todas mis promesas.

—Os obedeceré, dijo. ¿Quereis permitirme que os dé las gracias?

—Al contrario, os lo prohibo terminantemente.

Vaciló unos momentos antes de alejarse, intentando yo no sé qué farsa. Arrodillóse ante mí llorando, al parecer, lágri-

mas vivas. Porque él lloraba siempre que queria, como las mujeres.

—¡Levantaos, le dije, y partid!

—Pues bien, exclamó: abofeteadme, escupidme á la cara, pisoteadme. Prefiero todo esto á vuestra indiferencia.

Volvíle la espalda. Tomó él entonces una resolucion, y desapareció.

Regresé al lado de Felicia sin decirle una palabra. Entreguéme á mis ocupaciones habituales. Estaba bien seguro de que Tonino no iba á escribirle. El la temia, y quién sabe si tambien la odiaba. De todos modos, es seguro que él se felicitaba por un desenlace que le enriquecia, de conformidad con sus aspiraciones, y le libraba del disgusto de fingir una pasion que no sentia en realidad. En cuanto al bochorno que le inferí, estaba, de seguro, ya pasado.